

7-28-2005

Interview no. 1101

J. Jesus Hernandez Medrano

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

Recommended Citation

Interview with J. Jesus Hernandez Medrano by Anais Acosta, 2005, "Interview no. 1101," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

University of Texas at El Paso

Institute of Oral History

Interviewee: J. Jesus Hernandez Medrano

Interviewer: Anais Acosta

Project: Bracero Oral History

Location: Salinas, California

Date of Interview: July 28, 2005

Terms of Use: Unrestricted

Transcript No.: 1101

Transcriber: Rosy Chivardi

Biographical Synopsis of Interviewee: Jesus Hernandez was born on August 28, 1920, in San Felipe, Guanajuato, México; he had eight siblings, and together they grew up with their parents on a farm; at a very young age, he began helping his father work the land and care for the animals; he never received any formal schooling; in 1944, he went to México, Distrito Federal, to begin the enrollment process for the Bracero Program; two years later, after his contract expired, he crossed into Texas illegally in order to work; in 1958, he was contracted again as a bracero, and he worked in California.

Summary of Interview: Mr. Hernandez briefly recounts his childhood and adolescence growing up on a farm; he would often help his father work the land and care for the animals; in 1944, he went to México, Distrito Federal, to begin the enrollment process for the Bracero Program; he describes the processing center and the various procedures he underwent there, including the medical exams and the train trip to Ciudad Juárez, Chihuahua, México; as a bracero, he picked cotton as well as a range of fruits and vegetables; he goes on to describe his daily routine, the living arrangements, what he did during his free time, the medical benefits, and the overall treatment he received; one of his employers even offered to arrange for him to stay in the United States permanently, but he refused; he instead returned to México, and shortly thereafter he was married; later in 1946, he entered the U.S. illegally through Texas, and he stayed for a year; in 1949, he again returned, but was caught by immigration officials and sent back to México; several years later in 1958, he went through the contracting center in Chihuahua, Chihuahua, México, and he worked in California; he was ultimately able to emigrate to the U.S. with his wife and children.

Length of interview 100 minutes

Length of Transcript 54 pages

Nombre del entrevistado: J. Jesus Hernandez Medrano
Fecha de la entrevista: 28 de julio de 2005
Nombre del entrevistador: Anais Acosta

El día de hoy es 28 de julio del año 2005, nos encontramos aquí en Salinas, California con el señor Jesús Hernández Medrano.

JH: Sí.

AA: Señor Hernández, nos podría decir usted, ¿dónde y cuándo nació?

JH: Sí, nací en un rancho en San Felipe, Municipio de Valle de Santiago, Guanajuato.

AA: Y, ¿cuál es su fecha de nacimiento?

JH: Ocho, veintiocho del [19]20.

AA: ¿Cuántos años tiene usted?

JH: Ochenta y cinco, ya por este agosto que viene.

AA: Ah, qué bien. Hábleme un poco de ese lugar donde nació.

JH: Cuando nací.

AA: Sí.

JH: Cuando nací que yo me acuerde, nosotros nos criamos muy probrecitos porque los hacendados eran muy malos con nuestros papás y a la escuela no fui. Fui a la escuela y los niños de otro rancho me querían pegar y yo no me dejé y la profesora me corrió porque le pegué a un niño. Y me corrió y ya no me dejo ir a la escuela y caminé hasta, hasta veintitrés años y no sabía leer, a la escuela no jui [fui]. Pero luego vine aquí a Estados Unidos y, y como en dos meses ya sabía leer.

AA: Qué bien, qué bien, y, ¿cómo es ese lugar Santiago, Guanajuato?

JH: Valle es un pueblo grande y el ranchito es, es como un, como vamos suponiendo como Chular y Salinas. El rancho de, el rancho donde yo nací se llama San Felipe, Municipio de Valle Santiago, Guanajuato. Y, y hay como diez kilómetros a Valle

de mi rancho, ahí nació. Ahí me crié hasta, como hasta los veintitrés, hasta veinticuatro años, de los veinticuatro me salí, me vine acá a Estados Unidos sin avisarle a mis padres yo me jui pa México.

AA: ¿No le avisó a sus papás?, ¿cómo se llamaban sus papás?

JH: Mis papás se llaman Librado Hernández, y mi mamá Francisca Medrano.

AA: ¿Dónde nacieron ellos?

JH: Ahí mismo.

AA: ¿A qué se dedicaban?

JH: Eran campesinos.

AA: ¿Su mamá también?

JH: Mi mamá era, se dedicaba al hogar, a tener muchos hijos.

AA: ¿Cuántos fueron ustedes de familia?

JH: Pues nosotros, yo conocí que éramos ocho, pero se le murieron muchos, por no, no había doctores en ese tiempo y por nada se morían, conocí tres niños. Uno se llamaba Lucas, otro Domingo y otro Salvador. Esos eran los chiquitos que yo, una hermana María, María Hernández y otra hermana Glafira, eran mayores que yo, y Gracia esos eran los mayores, y José era otro mayor que yo.

AA: ¿Dónde viven ahora sus hermanos?

JH: Ya se murieron. Gracia, Glafira y José y otro hermano más chiquito que yo, se murió también, diabético, sí, sí.

AA: Ya de grandes.

JH: Yo no tengo ninguna enfermedad de esa, no siento nada como de...

AA: Se ve muy bien

JH: Hago mucho ejercicio, todos los días.

AA: Eso es bueno.

JH: Tengo, tengo la forma, tengo como, como unos seis años que hago. En la noche despierto a las dos de la mañana o a las tres y me levanto a hacer ejercicio.

AA: Qué bien.

JH: Hago ejercicio y hago oración, se muchas oraciones, tengo mucha memoria.

AA: Qué bien, eso es bueno.

JH: Y hago ejercicio, todo el que puedo, por eso no tengo estómago porque, el ejercicio ese de, que hacer este ejercicio, ansina[así] [m]ire. A ver si no estorbo aquí. Junto mis pies aquí, pongo mi pie pa acá, mi sentadera, me pongo aquí hago esto ire (risas), hago cincuenta en cada viaje hago trescientos o cuatrocientas veces.

AA: Qué bien, vamos a hablar un poquito de cuando usted fue a la escuela. Me dice que fue un ratito nada más.

JH: Ahí como unos, como una semana fui a la escuela.

AA: ¿Cuántos años tenía usted?

JH: Tenía ocho. Tenía ocho años, sí pues tenía ocho, y los niños de allá me querían pegar del otro rancho y yo no me dejé. Y un día me agarré con uno, me peleé con uno, pues es el que me quería agarrar del pescuezo, le mordí las manos, yo me defendía [defendía] como podía, y la señorita me corrió, fue y le habló al hacendado, porque el hacendado es el que les pagaba a ellas, se llamaba Jobita Martínez la señorita. Me, le mandó una, mandó una carta, mandó una nota al hacendado que ya no podía ir yo a la escuela, ya no fui. Mi papá pues ya pos,

ellos estaban muy, estaban muy este muy miedosos con los hacendados porque los, hasta les pegaban los hacendados, ellos sufrieron más que nosotros.

AA: ¿Qué les hacían los hacendados?

JH: Los encerraban en un cuarto y les pegaban con un chicote de cuero.

AA: ¿Por qué era eso?

JH: Porque el que daba lugar, el que daba tantito lugar, el que el hacendado no le gustaba, los tenía como, tenía como esclavos y como, como si fueran padres de ellos. Y nuestros padres ellos no podían hacer nada, porque si se les ponían les podían haber dado un balazo, y decían: “Lo agarré robando”. Eran muy malos ellos. A la escuela no fui, y tenía muchas ganas de la escuela yo fíjese. Si yo hubiera ido a la escuela hubiera sido un hombre grande. Entonces cuando me vine pa Estados Unidos, aquí en Estados Unidos, de Yuba City fui a dar allá al Sacramento, y un muchacho de Michoacán, se llamaba Francisco Tapia Alcaraz, ése me enseñó a leer. Me enseñó a leer y como en un mes ya sabía yo leer. Y, y me enseñó a escribir poquito. Me enseñó a escribir poquito, y luego ya pues ya nos apartamos, porque de braceros no andamos juntos todo el tiempo. Otro, otro muchacho, José González, era de otro pueblo, se llamaba, Para...Curimeo, no Parindícuaro [Panindícuaro], Parindícuaro, Curimeo son de Michoacán, están cerquita, ése me enseñó a hacer los números.

AA: Oh, qué bien. Entonces cuando usted dejó la escuela, ¿qué hacía?, ¿trabajaba?

JH: Trabajaba.

AA: ¿Le ayudaba a su papá?

JH: Los hacendados nos llevaban a los niños a hacer trabajo ahí en la hacienda.

AA: ¿Qué clase de trabajo hacían?

JH: La hacienda tenía como unas trescientas cabras, y tenía como unos cuatrocientos puercos, ahí tenía potreros. Ya mí mandaron con el que cuidaba las cabras a cargar los chivitos que nacían todos los días. Y hasta el señor me pegaba allá fíjese, se llamaba Tomás Martínez, así que fui bien mártir yo.

AA: ¿Cuántos años tenía cuando empezó a trabajar ahí en la hacienda?

JH: Como unos nueve años o ocho.

AA: Pues era un niño.

JH: Un niño, así me crié, así me crié. Y luego ya después que ya crecí a diez o doce años, mi papá le gustaba mucho y me mandaba con los animales a trabajar al cerro, y luego vino una constitución de 1931, el señor Lázaro Cárdenas repartió los ejidos y salí yo en el censo general. Ya tenía doce años, que me dan una parcela, ¿cómo ve?

AA: ¿A usted?, ¡qué bien!

JH: Y ahí nos revivimos. Empezamos a revivir pues, ya los hacendados nos los quitaron de la esta, de la Constitución Agrícola. Y, y fui creciendo, fui creciendo yo...

AA: ¿Empezó a cosechar esa vez cuando le dieron la parcela?

JH: Sí. Empezamos a trabajar nuestras tierras con muchos trabajos y con animales pesados pa trabajar. Y conseguíamos cosas prestadas, maíz o dinero, pa trabajar. Salimos adelante, y un día de tantos, fíjese, yo una cosechita de trigo de mi parcela que me, que me hice de \$80 pesos. Todos los días conseguía, todos los días los contaba porque nunca había traído. Ya tenía diecinueve años.

AA: Le gustó tener \$80 pesos.

JH: Ya tenía veinticuatro años, tenía ya. Total que con ese dinero me fui pa México, de mi parcela, de mi milpa, no sé qué pensé y me fui a un pueblo que se llama

Salamanca, y le dije a mi mamá que quería unos zapatos y ella: “Yo tengo \$80 pesos”. Y mi mamá, mi mamá: “¿Cuánto valen los zapatos hijo?”. “Pues como unos \$13 pesos”. Y me dio \$15. Y cuando ya tenía más movimiento, con eso me fui pa México, y ya le, fui como un 9 de junio de 1944, y, y allá en un ratito agarré el contrato.

AA: ¿Ya sabía usted del movimiento bracero?

JH: Un...

AA: ¿A eso fue?

JH: Un muchacho me dijo y me fui con él. Él fue el que me llevó, se llama Carmel Acosta. Y allá en México que encontré otro de mi rancho que se llamaba Ezequiel Quiroz, y ese me llevó al estadio.

AA: ¿Ahí en el estadio era donde se juntaban todos?

JH: Donde, donde nos contrataban, era el Estadio Azteca. Me dijo el muchacho: “¿Aquí andas?”. Le digo yo: “Sí”. Él ya tenía dos años en México, era mi rancho, se llamaba, se llama Ezequiel Quiroz, estaba ahí también.

AA: ¿En dónde vive?

JH: Ahí en San Felipe.

AA: Ah, qué bien.

JH: Y luego dice: “¿Aquí anda?”. Le dije: “Sí”. “¿Qué andas haciendo?”. “Pues vine a los braceros, ¿ya juites [fuiste]?”. Le dije: “No he ido”. “Vamos ahorita, ahí están pasando”. En el parque Azteca, señorita, habían como unas cuatro mil personas.

AA: ¡Tanto así!

JH: Había un gentío, pero gentío. Unos, unos ya taba arreglaos, otros andaban arreglando, y otros querían entrar y no querían. Y me dijo: “¿Ves aquel señor de

allá de la puerta?”. Le dije yo: “Sí”. Dice: “Ese señor nos va a dejar pasar para Estados Unidos, ándate para la puerta del estadio”. Y que me voy. Toda la gente me gritaba, pues estaba la guerra en Alemania en ese tiempo y en Japón: “Te van a llevar a la guerra, te van a tragar los pescados en el mar”. Y luego miraba pa atrás, retespantado [muy espantado], y no sabía yo ni qué hacer. Me fui y el señor me dijo, era un americano: “¿Quieres ir a Estados Unidos?”. “Sí”. “Pásale”. Nada de trabajo me dio. En la pura entrada un muchacho, un joven como de unos dieciocho años o veinte, ése me tonó los nombres, cuántos años tenía y quién eran mis papás y si era casado o soltero. “Soltero”. Era soltero yo.

AA: ¿Cuántos años tenía usted?

JH: Ya veinticuatro, y, ya pues: “Pásale”. Nomás eso me dijo. Y ese día no me gritaron, fue un día viernes y el día sábado no hubo entrada, ni el domingo. Y ahí ni pa donde caminar fíjese y no sabía ni al pueblo allá, cuántí [cuanto] más en México, tan trabajoso.

AA: Sí, tan grande.

JH: Y me acostaba ahí en el pasto y había pero muchos piojos, se me pegaron.

AA: ¿En el pasto?, y, ¿qué hacían, una vez que le pedían su nombre y su edad?

JH: No, ahí, allí...

AA: ¿Qué tenía que hacer usted?

JH: Nomás decir el nombre.

AA: Y después, ¿qué tenía que hacer?

JH: Me mandaron allá a donde estaba toda la gente esperando los papeles que nos iban a dar para irnos a los exámenes pa pasar para Estados Unidos.

AA: Y, ¿cuántos días esperó?

JH: Mire, el día viernes entré, y no me gritaron, y el día que me gritan.

AA: ¿Qué le gritaron?

JH: “Jesús Hernández”. Y dije yo: “Medrano”. Y luego otro, otro muchacho dijo también: “Medrano”. Y yo pensé, éste me está haciendo desatinar, pero no. Entonces fuimos a [d]onde [es]tá el que daba, el que estaba repartiendo las formas, y le dije: “Yo quiero los papeles de Jesús Hernández”. “No”, dijo, “son míos”. Dije: “Y, ya no sirvió”, pensé yo. Y el señor nos miró a los dos: “[Es]Pérense aquí los dos, espérense”. Sí, ya que gritó todos los papeles, dijo: “Vénganse”, que nos lleva a una mesa, “aquí espérense, ahorita les van a decir de quién son”. Él no nos dijo nada. Que llega una señorita, pues era un gentío, andaban todos a la carrera y los que andaban haciendo las investigaciones. “¿Ustedes qué quieren?”. “Pues mire señorita, salimos aquí del mismo nombre y apellido con este muchacho”. Y luego lo que me decía: “Y, ¿cómo se llama usted?”. “Jesús Hernández Medrano”. “¿De qué parte es?”. “Del Valle Santiago, Guanajuato”. “Y, ¿cómo se llama su papá?”. “Librado Hernández”. “Usted”, dice, “¿cómo se llama usted?”, dice. “Jesús Hernández Medrano”, dijo el otro también de la misma edad casi fíjese. Dice: “¿De dónde eres tú?”. “De Azacán, Veracruz”. “¿Cómo se llama tu papá?”. “Clemente Hernández”. Vete, allá te van a gritar tus papeles, vete. Por lo pronto: “Y usted párese aquí”. ¿Cómo ve?

AA: ¿Era usted?

JH: Yo.

AA: Qué bien.

JH: Y luego luego, entramos al examen ese día lunes.

AA: ¿Qué examen, qué le hacían?

JH: No pos iban a ver si estábamos bien, teníamos los cuerpos bien pues. Que no tuviéramos enfermedades, que tuviéramos enfermedades en todo el cuerpo.

Fuimos a los exámenes y no, no terminamos y el martes fuimos de vuelta allá, allá a donde estábamos y que nos dan los contratos.

AA: Y, cuando le estaban haciendo estos exámenes, ¿le pedían que supiera trabajar el campo?

JH: No, nomás nos decían que, nos decían ahí que, los que los traían en, los que trabajaban en el campo, eran de las mesas dónde habíamos pasado. Ahí nomás era el examen físico, pues que no estuviéramos enfermos, que no tuviéramos [tuviéramos] alguna enfermedad peligrosa como hernia, como otras enfermedades que tenga uno en el ano, otras enfermedades que en los ojos, o que tuviéramos algunas, algún, algunas bolas en el cuerpo. Salimos bien, yo salí bien, todos. El 24 de junio del [19]44 saqué yo el contrato. Tengo muy presente.

AA: ¿Por qué lo tiene tan presente?

JH: Porque ese día, era un día memorable que yo, iba a salir de mi país.

AA: Así es.

JH: Y, y mí número de mi contrato era 169,690.

AA: ¿Se acuerda de eso?

JH: Ya, ya habían, ya habían pasado mucha gente.

AA: Sí, pues todo eso.

JH: Y sí, que me traen aquí a Hollister. El día primero de, el día primero de julio, pasé Ciudad Juárez.

AA: ¿Por dónde se los traían?, ¿desde la ciudad?

JH: Desde México, de México, con el tren pasajero.

AA: ¿Cómo era ese viaje?

JH: Pos nos daban de comer en el viaje y íbanos, veníamos ahí muy silencitos, y andaban los inspectores de ahí de los americanos cuidándonos.

AA: ¿Ahí con ustedes?

JH: Ey. Nos trajieron [trajeron] y pasamos el día primero de julio. Y el día 4 de julio amanecí aquí en Hollister, era un pueblito en un campo que se llama San Benito, ¡qué memoria tengo!, ¿no?

AA: Sí, perfecto.

JH: Y luego salí éramos muchos ahí en el campo, como unos dos mil.

AA: ¿Tanto así?

JH: Casi como unos dos mil habíamos y no nos daban trabajo, y yo nomás duré dos días y al otro día que me salgo, a ver qué hallaba, pues a andar. Del campo y caminé como una milla o dos y que me encuentro, que vi una gente trabajando y que voy sabiendo, yo no sabía bien todas las leyes para los braceros, jui y ya jui y pedí trabajo y que me dan.

AA: Usted cuando firmó ese contrato, ¿le dijeron en qué iba a trabajar?

JH: En el campo, en la agricultura.

AA: Y, ¿le dijeron cuánto le iban a pagar?

JH: Nomás nos dijeron que acá nos iban a decir todo lo que íbamos a hacer. Aquí ya andando aquí en Estados Unidos ahora sí nos iban a decir cuánto nos iban a pagar y cuánto íbamos a durar.

AA: ¿Por qué fue que usted decidió venir a trabajar a Estados Unidos?

JH: Pues yo decidí venir a Estados Unidos, y no sabía yo nada, era un inocente yo. Ya estaba regrande [muy grande], pero era inocente, vivía en el cerro todo el tiempo con los animales, y mi papá era muy duro conmigo.

AA: ¿Por qué dice eso?

JH: Me pegó como más que unas dos mil cuereadas en la vida. Y lo quería yo mucho fíjese, pero hasta que, hasta le voy a platicar una historia que hasta ni me la va a creer. Yo ya tenía papeles arreglados aquí, venía y duraba aquí un año, algo así con la familia, pero yo iba siempre a verlos. Cuando tenía oportunidad me iba y hasta en mis brazos se murió el señor, ¿cómo ve?, tanto que lo quería. No me va a creer lo que le voy a decir, ganamos a \$0.70 centavos la hora, y en el tiempo que estuvo aquí, le junté como \$3,000 dólares.

AA: ¿Tanto así?

JH: Todo el dinero lo guardaba yo. Nunca gastaba un centavo que, que pues el vino no me interesaba, ni me gustaba tomar ni nada, ni fumar. Traba los cheques... Estuve con una compañía aquí cerquita, en un pueblo que se llama, Far Pool [Fallbrook] ahí en un lugarcito que se llama Las Deltas. Trabajábamos con una compañía y un día hasta un señor portugués fue y le habló al mayordomo, era el mayordomo, se llamaba Román, era filipino. Y empezaron a mentar mi nombre dice en inglés, y dijo un Lupe: “Te van correr”. “¿Por qué?”, dijo, “te andan mentando tu nombre el Joe y el filipino”. “Que me corran”. Porque ya estamos miedosos pues. Entonces me llamó el Román, se llamaba el filipino: “Ven acá Jesús”. Dije yo: “Sí”. “Sabes qué, el Joe me dice que tu cheques no han caído a la oficina, y que si estas mandando pa México, no te los van a cambiar allá”. Estaba yo tan ignorante señorita fíjese, que sacó el manojote de cheques. “No Román, aquí lo traigo ira”. Traiba [traía] como unos catorce cheques.

AA: ¿Ahí los traía con usted, en el pantalón?

JH: En el pantalón, estaban bien guardaditos, bien amarraditos, y luego dice el señor portugués le dio mucha admiración, dijo: “Hoy mismo lo llevas a que te los cambien en Far Ball [Fallbrook] y si no te los cambias, me los llevas pa, pa renovártelos”. Allá luego luego compré \$400 dólares. Se los mandé a mi papá.

AA: Qué bien.

JH: ¿Cómo ve?, ¿cómo?, qué bonita vida tuve. Mire, aquí anduve en Estados Unidos yo ese tiempo, y nunca el gobierno me ha dicho nada, porque no le he dado lugar. Ora que, ora que salí de, que hice la plática pues de la ciudadanía, nunca me dijeron [dijeron] nada, salí limpiecito. Y hasta la fecha todavía estoy limpiecito.

AA: Sí, porque hace bien. Platíqueme un poco más cuando la primera vez que cruzó, que vino a trabajar.

JH: Mire, cuando estuve yo esa vez que salí a trabajar, que trabajé con ese señor, se llamaba Salvador Fortino, era portugués. Trabajé como cinco días, nos pagaban a \$0.05, a \$0.06 centavos los baldes de chabacano. Trabajé como cinco días y al sexto día, el señor no tenía trabajo. Dijo que nos esperáramos porque la huerta estaba muy verde y ese día que llega un representante de los braceros, que me llevan pero para Yuba City. Allá en Yuba City trabajaba hasta los domingos, ¿cómo ve?

AA: ¿Ahí qué hacía?

JH: Trabajábamos en el desahije del melón, ahí desahijando melón. Estuve trabajando...

AA: ¿Cómo es ese trabajo?

JH: ¿Mande?

AA: ¿Cómo desahijan el melón?

JH: El melón, en ese tiempo traíanos [traíamos] un azadón largo y había matitas de melón, de a dos juntas o de a tres y quitábamos una, quitábamos [quitábamos] la hierba que estaba cerquita del melón también, porque no estaba el melón tan pegado, había una que otra. El mayordomo se llamaba Ramón Durón, y nos trajeron, nos trajeron en el melón, y cuando trajeron fue una temporada del melón y nos llevaban al durazno, a trabajar al durazno.

AA: ¿Ahí mismo en Yuba?

- JH: Mucho durazno, ahí mismo en Yuba City. El patrón, el dueño del terreno, del campo se llama Jack Sullivan.
- AA: Jack Sullivan.
- JH: Era el doctor [doctor]. Ahí estuve trabajando con él. No, pues hasta los domingos trabajamos, nos ocupaban. “El que quería ir a trabajar los domingos”. No, pues no nos obligaban.
- AA: El que quería iba.
- JH: Y así yo hasta sin almorzar me iba a trabajar, andaba terco pues con el dinero. Me gustaba el trabajo y me gusta todavía.
- AA: ¿Cuánto dice que le pagaban?
- JH: Setenta centavos la hora, trabajábamos diez horas pa \$7 dólares. Pero nos daban \$45 o \$46, y los traiba bien guardados, no los cambiaba. Nos daban de comer ahí. Compraba una, una teja de jabón y con esa lavaba mi ropa. Fíjese señorita, le voy a platicar otra historia muy curiosa. El día... Tenía como tres, cuatro veces que mi papá no sabía [d]on[de] [es]taba. Y el día que... Un día jue [fue] la representantes de los braceros, que se llamaba María Baca, la señorita era española. Dijo que el que quisiera mandar un dinero pa México, que ella nos podía mandar los *money orders*. Yo no sabía nada de *money orders*, ni dinero de nada, lo traiba, traiba \$87 dólares, y le dije: “Yo quiero mandar un dinero”. Y luego que lo saco, que se lo iba a dar a ella, estaba bien tapa[d]o. “No, no lo saque, espérese, haga una carta pa su papá”. Y nunca había escrito. Ya sabía leer, pero no había escrito, otro Lupe fue, otro Lupe fue el que me hizo la carta. Y luego que le dije que, le dijeron a mi papá que me perdonara, y me regañó. “¿Por qué no habías escrito?, como estarán de apurados ellos, tú nunca habías salido”.
- AA: ¿Ya cuatro meses? Y, ¿estaban preocupados sus papás?
- JH: Pues sí, pues yo creo, pues no sabían on taba y luego tanto que me pegaba y cuando yo era chiquito también era rebelde. Le decía a mi papá: “Tú no me

quieres, yo no he de ser hijo tuyo y por eso no me... “Cállese la boca, que este... Dice: “Ahora que esté grande me voy a ir y no voy a volver”. “Lárguese ahorita”, me decía. Y esa vez que me vine le ha de haber dado mucho miedo. Ha de haber dicho este ya se jue, ya cumplió, no.

AA: Cumplió la palabra.

JH: Fíjese la experiencia que tenía, traía \$87 dólares, le mandé \$85, le di \$2 dólares y mis centavitos a la señorita pa los gastos de la carta. No dejé ni centavos pa comprar un pan. No tenía experiencia, iba, iba a la cocina y ahí en la cocina nos daban jabón pa lavar la ropa y yo todavía traiba la ropa que traje de México.

AA: ¿Todavía la tiene ahora?

JH: No digo, la traiba ahí ese día. Me quitaba una camisa y la lavaba y los pantalones me los quitaba y los lavaba porque yo no quería andar enterrado, lavaba la ropa y la tendía y cuando se secaba me la ponía otra vez.

AA: ¿Sólo traía un cambio de...?

JH: Nomás traiba un cambio, pues me jui de la mil[pa] ahí de la parcela me jui pa México. Entonces, ese muchacho que me enseñó a leer, me regañó, me dijo: “Ira, a ti por eso te pegaban”, porque yo le platicaba que mi papá me pegaba. Dice: “Por eso te pegaba tu papá, porque eres muy tonto, le hubieras mandado unos \$60 dólares y dejado tantito pal jabón o pa comerte un refresco”. Porque ahí nos daban de comer, y le decía yo: “Pues ya se me pasó”.

AA: Pero ya venía el otro cheque, ¿no?

JH: Ya venía el otro.

AA: ¿Cada cuándo les pagaban?

JH: Cada quince días.

AA: Cada quince días.

JH: Cada quince días nos pagaban y nos daban \$45 o \$47 dólares, o nos daban \$48 los que trabajábamos los domingos. Bueno, estuve trabajando con ellos ahí tan bonito, en la siguiente que ya tenía dos cheques, me fui a cambiarlos a Yuba City, y se fue otro muchacho conmigo, y ése me quería llevar a las cantinas y yo no quise. “No, no, no, vete tú”.

AA: ¿Tenían que ir hasta otra ciudad?

JH: Hasta Meresville. [Marysville]

AA: ¿Ahí los cambiaban?

JH: Ahí los cambiábamos [cambiábamos].

AA: ¿Les pedían alguna identificación para cambiar el cheque?

JH: Nada.

AA: ¿Sólo lo llevaban y les daban el dinero?

JH: Nos daban el dinero, taba muy, taba muy atrasado toda la materia pues de los, de la gente pues.

AA: De la seguridad.

JH: Entonces, dimos los... Cambié mis cheques y me eché el dinero y le dije al señor que me diera unos billetes de a \$20 porque no quería traer tanto billete chiquito. Sí, me los dio. Fuimos al banco, fíjese ahí nos lo cambiaron. Y no dijeron nada. Entonces, ya como quiera hice el dinero y lo traiba bien guardado. El otro muchacho se fue a tomar y yo me fui al cine.

AA: Hizo bien.

JH: Cuando salí del cine me fui a comer a restauran que se llama El Trompito, era de mexicanos ahí en Meresville. Y luego pedí un taxi, y estaba tan barato, el taxi nos

cobraba \$2 pesos hasta allá. Y el otro muchacho llegó tarde tomado y ya estaba muy acostado en mi casa. (risas)

AA: ¿Cómo era el lugar donde vivían, donde dormían?

JH: Era un campo, era un campo de braceros. Era un bonque [*bunk*] grande y tenía cuartitos separados. Y había un ba... había dos baños. Y había tres, había este, había un lugar donde podíamos ir a escribir y un baño a donde íbamos a lavar la ropa. Estaba muy bien en ese campo, quizás usted sepa una historia, que un Juan mató como veinticinco personas ahí.

AA: ¿Veinticinco braceros?

JH: A los trabajadores.

AA: No, no conozco.

JH: Eran trabajadores, no eran braceros, eran trabajadores ya sin papeles de los que según ellos ya sabía ahí. En ese campo estuve yo fíjese. Los enterraba en el río, el río estaba cerquita como a unos, un cuarto de kilómetro de ahí.

AA: ¿Cómo se llama ese rancho donde estaba?

JH: El Sullivan Ranch.

AA: Y, ¿cuál es esa historia de que ese Juan mató a la gente?

JH: Pues yo ya no estaba ahí. Nomás ahí en ese campo estuve como hasta los, como hasta los diez años fue esa muerte de esos.

AA: Ya había pasado diez años.

JH: Ya había pasado mucho tiempo. Nosotros estuvimos ahí, el señor, toda la gente eran muy buenas gentes con nosotros. Los mayordomos y los pat[rones], el patrón, nunca lo mirábamos a él.

AA: ¿Nunca conoció al patrón?

JH: Sí lo conocí pero casi no iba. Lo conocí una vez que, que jue y lo miré y luego otra vez ocupaba yo un doctor y fui a Meresville, pero ya era mucho tiempo, que lo miro allá, y que le di, y lo saludé y lo miré muy, muy contento. Me dice: “¿Me conoces?”. Y yo ya podía hablar tantito inglés, porque yo también estuve yendo a la escuela una hora o dos horas a la escuela, y luego compré un curso en la *North American School* y aprendí tantito.

AA: Ah sí, ¡qué bien!, y, ¿a qué horas estudiaba?

JH: En la noche cuando llegaba de trabajar. O luego iba los lunes y los martes. Los lunes y los martes iba a la escuela una hora. Tenía mucha tensión, por eso mucha apuración. El señor dijo: “¿Me conoces?”. Le dije yo: “Sí”, le dije, “usted es el Jack Sullivan. Yo estuve en su rancho cuando era bracero”. Que se levanta y que me da la mano y que me agarra aquí de la mano ansina. “¿Quién era tu mayordomo?”. “Ramón Durón”. “Oh sí, Ramón Durón”. Y ahí le conocí de vuelta, ya lo había mirado pues era un, era un doctor, muy linda persona él era...

AA: ¿Él lo atendió?

JH: Me atendió esa vez. Estaba enfermó yo, y me enfermé de una enfermedad, ya no tenía papeles yo en ese tiempo que lo miré fíjese. Ire, yo le voy a decir que los doctores aquí en Estados Unidos son muy buenos, pero son muy inteligentes también, ¿sabe por qué?

AA: ¿Por qué?

JH: Porque ahorita los doctores a usted no le dicen que tienen, ni le dicen que está aliviado o que está componiéndolo, ¿sabe por qué? Porque se están aprovechando de la medical. Nada menos que acabo de dejar yo el doctor ahorita. En el [19]91 se me cerró éste ojo. No, no miraba yo nada, y, y vine aquí con el doctor que está aquí por la Pájaro, el doctor este, y, y éste me mandó con un especialista a Monterrey, y allá me operaron. Y aquel doctor dijo que ya no iba a mirar, que ése era todo. Es un especialista, el Fierro se llama el doctor. Yo, dijo que no le hace que ya no mire, pero yo me encomendé mucho a Dios. Cuando me tenían en la

cama se me vino a la mente, y me acuerdo de un santito de Zacatecas muy, muy milagroso. Dije: “Que tú seas el que metes la mano que el doctor aquí nomás te esté mirando”. Pues me operó un 8 de marzo, duré todo marzo y todo. Todo abril y todo mayo y luego el 10 de junio que miro, ¿cómo ve? Yo no sabía que miraba. Nomás que no, quién sabe cómo me tapé el ojo y que miro la ventana. “Ay Diosito santo, ya miré”. Y ese doctor, pues ya, ya ni con él estaba, estaba con otro, y este otro me decía que tampoco no iba a mirar, pero que sí miro. Y este doctor me estaba dando medicinas, todavía me lo estoy poniendo, y otro doctor me dijo que, que ya no iba a mirar tampoco y sí miro. Hasta saqué mi licencia de manejar, ¿cómo ve?

AA: Ah no, pues entonces está muy bien.

JH: Por eso no uso los lentes, ahí los tengo los lentes, yo no los ocupo, ni pa leer, usted verá.

AA: Está muy bien, cuénteme un poco más cuando dejó de trabajar ese rancho.

JH: En Sullivan.

AA: Ajá, ¿qué hizo?

JH: Cuando, mire, estuvimos, se acabó la cosecha ahí del durazno, la uva, la ciruela, y la nuez. Como por un día 11 de octubre nos llevaron para el Tunel Lake este pueblito está cerquita de Oregon, pegadito a Oregon. Allá trabajamos en la papa. Nos pagaban a \$0.05 centavos los sacos de papa.

AA: ¿Cómo se cosecha la papa?

JH: La papa iba con una máquina o con dos, con dos tablas en la tierra, y por un elevador echaban la papa juntita de dos surcos y luego la ponían en surquitos arriba del surco que había en medio, y va quedando parejito el montón de papas. Entonces nosotros nos ponían un cinto, nos poníamos un cinto de lona y tenía un palito aquí atravesado y aquí tenía un gancho y acá también nos ponían los doce

sacos aquí, doce aquí. Eran livianitos los sacos, y aquí, este que tenía aquí, tenía dos ganchitos, nos atravesábamos y en un ratitito los llenábamos, hasta la mesa.

AA: ¿Cuánto pesaban?

JH: Siempre pesaban.

AA: ¿Sí?

JH: Pesaban como unas, como unas quince o veinte libras. Los echaban, los echábamos [echábamos] nosotros y íbamos echándole, nos dejaban un tramo, y al último pues eran veinticinco sacos los que apartábamos ahí, yo dejé quinientos sacos, ¿cómo ve?, todo el día corría.

AA: ¿Quinientos sacos sacó?

JH: Me ganaba como \$25 dólares, como \$20 dólares ganábamos [ganábamos].

AA: ¿Al día?

JH: Al día, y tan barato que nos pagaban aquí, se nos hacía un dineral. Bueno, hasta ni nos queríamos venir, pero nos trajeron, se acabó pues.

AA: ¿Cuánto duraba ese contrato?

JH: Ese tiempo nos... Ese trabajo nos duró desde como los primeros de octubre hasta el 20 de noviembre, hicimos muy buen dinero, trabajábamos bien. Luego, nos trajieron aquí al valle de San Joaquín al algodón. Aquí estuve con un señor ranchero muy lindo que se llamaba, se llama Frank Dinarrer era como italiano. Al algodón trabajaba tan bien, y me enseñé tan bonito el algodón, hacía cuatrocientos libras, el algodón, todos los días le pegaba duro.

AA: ¿Cómo cosechan el algodón?

JH: El algodón tenía, el algodón tenía una, tenía una bolsa casi como era, como de por aquí de la mesa para allá.

AA: Unos dos metros.

JH: Como dos metros y medio yo creo, grandota, como dos metros y así de ancha. Y la llenábamos y bien la apretábamos [apretábamos], cuando ya se llenaba la parábamos, quedaba parada derecha. Nos la cargábamos [cargábamos] y la íbamos a pesar, pesábamos [pesábamos] ochenta, o setenta libras.

AA: ¿Cada saco?

JH: Cada saco, cincuenta, sesenta, teníanos en todos los días temprano y hasta que nos llenábamos, íbamos hasta las cinco. Estando ahí nadie nos quitaba. Así es que cuando hacíamos cuatrocientas cincuenta o quinientas nos íbamos a la casa solitos voluntarios. Cargábamos nuestros sacos y nos íbamos, nos bañábamos [bañábamos], nos acostábamos [acostábamos] allá.

AA: ¿A qué horas empezaban a trabajar?

JH: Empezábamos, bueno empezábamos a trabajar como a las seis nos daban el desayuno.

AA: ¿Ahí también les daban de comer?

JH: Tenían de comer. O como a las cinco y media empezaban, yo me levantaba bien temprano, era de los primeros que comía y luego luego agarraba mi saco. Nos íbamos a pie estaba cerquita. Así es que yo mi tarea eran cuatrocientas libras pa arriba todos los días. Pagaban a, nos pagan a \$3 pesos el cien de libras.

AA: ¿A \$0.03 centavos?

JH: A \$0.03 centavos la libra.

AA: A \$0.03 centavos la libra.

JH: Así es que yo me ganaba \$18 o \$15 dólares todos los días, andaba muy, muy apurado. Entonces de ahí nos quitaron y nos mandaron a un pueblito que se llama, que se llama Burrel cerquita de Fresno, a algodón también, y ahí lo acabamos bien

pronto fíjese, ya se andaba acabando. Nos prestaban, pues ellos, y de ahí nos mandaron para Farball?? este, allá pa Las Deltas, ahí estuvimos trabajando con una compañía como unos seis meses.

AA: ¿Ahí qué estaban haciendo?

JH: Trabajábamos en el desahije de la lechuga. Y trabajábamos con la limpia de la lechuga y limpiábamos coliflor.

AA: ¿Cómo hacen todo eso?

JH: Con un azadón largo. Andábamos trabajando limpiándolo y todos los días íbamos y trabajamos ahí hasta que se acabó, como seis meses duramos allí. Y luego me mandaron a mí para Los Baños a trabajar a la compañía de La Maya. Y en la compañía de La Maya había días que ni nos llevaban. El mayordomo andaba extendiendo la gente, las con toda la compañía y a veces no llegaba y nos íbamos pal pueblo mejor.

AA: Y, ¿qué hacían en el pueblo?

JH: Pues íbamos a mirar nomás allá, en ratitos y luego íbamos a regar en la noche, nos dieron trabajo de noche a regar. Las legumbres pues, la lechuga y la cebolla y todo.

AA: ¿Cómo es ese trabajo del riego?

JH: El riego estaba un *ditch* hondo, así de hondo y echan a echar las pompas de agua, y le ponen los tapones de lona, le ponen unos tapones de lona y tenemos treinta y cinco pipas así grandotas y de a pulgada y los hacíamos caer. Y los jalábamos y las llenábamos [llenábamos] de agua y se iba el agua por la raya, estaban así en el bordo así, estaba el bordo y el agua estaba como de aquí pa acá.

AA: Estaba lleno.

JH: Trabajábanos [trabajábamos], trabajamos ahí y luego pues, como que un día nos dijeron que, que si no podíamos estar ahí, pues como que sobrábamos nosotros.

AA: ¿No había suficiente trabajo?

JH: No había suficiente trabajo. Entonces me fui a la, nos fuimos a La Asociación como unos diez.

AA: ¿Dónde era La Asociación?

JH: Ahí en Los Baños, y de Los Baños me mandaron a mi pa Yuba City al algodón otra vez con un señor que se llama John Sanders. ¡Y, qué bonito estuvo ahí con ése! Trabajábamos a nuestro puro gusto, ellos eran rebuenas gentes. Hacíamos muchas cajas de duraznos. Ése nos lo pagaba por contrato fíjese, las cajas.

AA: ¿Por contrato?, ¿cada cuánto les pagaban?

JH: Nos pagaban las cajas a, a \$0.13 centavos, las cajas de esas grandes como de a treinta y cinco libras, nomás llenarlas. Las llenábamos y trabajábanos con él, trabajamos ahí hasta que se acabó todo, la nuez y todo.

AA: ¿También en la nuez estuvo?

JH: En la nuez, sí.

AA: ¿Cómo cosechan la nuez?

JH: La nuez, se cae y la juntábamos, y la que no caiba [caía] le pegábamos al palo con otro palo, con un marro y se caiban [caían] todo, estaba muy suavecita. La juntábamos nomás y la dejábanos [dejábamos] ahí mismo los costales, los sacos.

AA: ¿En sacos la ponían?

JH: Sí. Entonces de ahí que se acabó nos llevaron pa Red Bluff, ahí en Red Bluff estuvimos con unos americanos tan lindas personas, eran tan buenas gentes, sí. Hasta nos llevaban comida a la casa.

AA: ¡Ah sí!, ¿cuántas personas estaban ahí en ese...?

JH: Estábamos como quince con él. El señor se llamaba George Westcall se llamaba el señor, el americano. Nos llevaban, nos llevaban envoltorios de carne, él tenía muchos tesonería, muchas, muchas potreros de ganado, nos llevaban pedazos así de carne, nos lo daban pa que nos lo comiéramos.

AA: ¿Ustedes tenían que cocinar ahí?

JH: Cocinábamos nosotros no había pues quien nos diera.

AA: ¿Cómo le hacían?

JH: Pues refacilito [muy fácil]. Tenía el señor, tenía como unas cinco estufas donde hacíamos la comida y como pues no teníamos carro, y sabíamos hacer todo. Yo sé hacer muy bien comida.

AA: ¿Ustedes se cocinaban?

JH: Hacía yo tortillas de harina pa mí solito. Hacía tortillas de harina y hacía comida, hacía sopa o hacía arroz o luego a veces hacía este, como de esos botes de frijoles traíbanos y nomás lo abríamos y los paseábamos, los comíanos [comíamos]. Ahí estuve con un señor hasta que de ahí me fui para México fíjese, de ese rancho.

AA: ¿Ya se le acabó su contrato?

JH: Se acabó el trabajo, y el señor ese me que[ría], el hijo del señor me quería arreglar el pasaporte a mí, fíjese, desde entonces. Tenía un potrero de gana[d]o y tenía un potrero de puercos gordos. Él tenía cinco tesonerías, así, carnicerías en el pueblo. Me levantaba yo como a las tres de la mañana y me iba pal, pa donde tenía la pastura y les echaba catorce pacas de alfalfa a los toros gordos. Arriba, me subía arriba de ahí se los echaba con un ___(?) pa abajo. Y a los puercos les tiraba nueve o diez sacos de cebada, ahí la tenía apilada, los tenía que traer en sacos. Y, pues él no me mandaba, yo iba ahí y le ayudaba, y el día que me daba el cheque, me daba un cheque de \$15, de a \$25 dólares extra.

AA: ¡Ah qué bien!

JH: Y un día, un día de tantos había un español ahí en el Red Bluff, que era zapatero. Y me llevó: “Súbete al carro, vente”. Y ya me fui. “Pues a dónde me irá a llevar”. Y yo no entendía inglés, ni el español, nomás me decía ven y juimos [fuimos] con el señor, y dijo el español, me miró y dice: “Oyes, ¿qué le das a este”, dijo, “¿qué te hace o qué?”. “¿Por qué?”. “Pues dice que, que si quieres arreglar él pasaporte que él te arregla”. Le dije: “No, dígame que no quero [quiero] porque allá tengo mi papá en México”. Y ya le dijo él y no, me dice: “Que hasta a tu papá le arregla, ellos tienen la preferencia aquí y te puede arreglar ahorita”. Le dije: “No, no, no, dígame que yo no quiero el pasaporte”.

AA: ¿Por qué no quería pasaporte?

JH: Por ignorancia, porque él me hubiera arreglado ya desde entonces, ahí yo había quedado con él.

AA: ¿Sí le gustaba la vida aquí en Estados Unidos?

JH: Me gustaba mucho, nomás que uno no piensa.

AA: Extrañaba México.

JH: Pues no, no piensa uno, no está en su, no como decía, no tiene su mente completa pues. Bueno, ya me dejó, y el día que cumplí mi contrato nos fuimos a México, ya no quisieron renovar. Entonces, pues cuando fui pa allá, entonces yo tuve mucho cariño en Estados Unidos.

AA: ¿Cómo se regresaban?

JH: Pues me fui de contrabando pa Texas. Pasé el río y pasé pal otro lado, luego luego me dieron trabajo.

AA: ¿Por qué ciudad encontró?

JH: Por un pueblito que se llama Progreso, ahí entré por un lugar que se llama Las Flores, era de México y Progreso está de este lado. Trabajé con un señor ahí como unos cuatro meses.

AA: Entonces no regresó a México todavía.

JH: No, ya había venido de México, ya hasta me había casado ya en México, ya tenía mi esposa allá.

AA: Entonces después de trabajar con este señor que le quería arreglar papeles, ¿regresó a México un tiempo?

JH: Sí, sí regresé a México. Se me terminó el contrato, y me fui para México y allá estuve en México y luego me regresé el [19]47 regresé. No pues luego luego, [19]46 salí de aquí, [19]47 fui para Texas.

AA: Y, ¿en un año se casó?

JH: En menos de un año, cuando yo allá llegué, llegué muy reparadito, con mucha ropa y con muchas pues. Iba muy elegante y yo tenía cuatro, tres pares de zapatos nuevecitos, llevaba muchas chamarras de cuero, estaban bien baratas, bien bonitas. Llevaba un traje, un traje de esos trajes bien bonitos, costó \$28 dólares ahí en Fresno y, pues eso si...

AA: ¿Qué más llevaba?

JH: Digo, digo llevaba como \$700 dólares.

AA: ¡Tanto así!

JH: En ese tiempo. Y ahí tiene que, pues me casé y ya me seguí trabajando yo en mi, en mi parcela, yo la tenía todavía.

AA: ¿Cómo conoció a su esposa?

JH: ¿Mande?

AA: ¿Cómo conoció a su esposa?

JH: Pues mire, cuando yo me jui, cuando yo estaba aquí, ya tenía veintisiete años, y un día quién sabe como miré un libro que se llama Ciencias Naturales. Yo no me pensaba casar, no tenía yo la intención. Entonces vide [vi] yo un libro que se, miré, el librito que se llama Ciencias Naturales, ojalá y todos lo tuviéramos. Dice, dice ese librito ahí en la leyenda dice: “Si usted tiene un hijo o una hija mayor de edad aconséjele que se case, porque si no se casa va a llegar un día que va a oír el murmullo de los hijos invisibles que lo rodean”. Yo dejé el libro, y después ahí en el cine me acordé, ¿qué cosa será eso de los hijos invisibles? En la tarde que llego agarro el libro otra vez, ya sabía yo bien leer, dice: “Los hijos invisibles que rodean son aquellos que dicen que si llega a ser grande y no tiene hijos, y tiene un dinero”, dice, “si yo tuviera un hijo, le daba este dinero, o si tuviera una hija iba a platicar hasta su casa y hasta me daba de comer”. ¿Cómo ve? Dije: “Ahorita que me vaya me voa [voy a] casar yo”. Y aquí estuve mucho tiempo de haberme casado. Estuve en un rancho, en un rancho de un señor que era, era de Sinaloa y tenía tres hijas, y una era de mi mera edad. Y me miraban que yo era muy inteligente y muy trabajador y ésta se interesó mucho en querer casarse conmigo, se llama Julia Márquez.

AA: ¿Se quería casar con usted? Y, ¿usted no quiso?

JH: No, un día, como verá, como empezamos, yo sentía pues que ella me miraba muy seguidito y con malicia, ¿verdad? Y ya yo tenía malicia también, y dije: “Le voy a decir a Julia que si se casa conmigo”. Y ya fui y tenía unos conejos ella ahí, que le voy a ayudar a los conejos a mirarlos. Estuvimos platicando y luego luego yo creo que también como que se me vino a la mente, pues yo ya estaba muy inteligente pues pa hablar. Ya te sabía leer y escribir. Que le digo: “Señorita perdone, perdone las malas palabras, perdone que interrumpa el camino de su vida, si carácter su buena persona, me simpatiza para que tengamos unas relaciones amorosas y llevarla al altar de blanco”. Que se pone bien colorada, y me dice: “¿Qué está pensando usted?”. Me dijo muy seria. “Estoy pensando proponerle

matrimonio y ser feliz con usted, y quererla toda la vida”. “¿Quién le enseñó a decir eso?”. (risas)

AA: ¿Ella no hablaba español?

JH: Sí hablaba español pues era mexicana, pues era de mexicanos... y dice: “¿Quién le enseñó a decir eso?”. “No pues yo saco de mi cabeza”. “No, no oiga, ¿usted fue a la escuela?”. Le dije: “No fui a la, fui a la... “¿Dónde aprendió eso?”, le daba mucha admiración y se empezó a reír. Le digo: “Difícil me caso contigo y, ¿qué vamos a hacer?”. “Pos, ¿cómo qué vamos a hacer?”. “Pues vivimos juntitos, a lo mejor semos [somos] felices”. Y dice: “¿Tú tienes mujer en México?”. Le dije: “No, no tengo”. Ahí en los contratos dice que semos solteros. “Déjeme pensar”, dijo, “a ver que te resuelvo”. Y en eso que me voy de ahí, ¿cómo ve?, porque ya andaba ella muy inteligente, un día que me voy para La Asociación y que me encaminan pa allá, pa Yuba City.

AA: Y, ¿no se despidió de ella?

JH: No me despedí de ella, fíjese. Como quiera allí me hubiera haber casado con esa, si le he terqueado. Luego cuando estuve en Las Deltas, andaba en un, este un rancho que se llama el Standor(??) cerquita y había como unos, quince o veinte familias de Texas. Y un día, por ahí pasaban por donde vivíamos nosotros y ora, iban tres muchachas muy, muy, muy simpáticas pues pa allá pa las tiendas pues, caminando. Estaba yo solito en unas, en unas en un banquito un banco de cemento que tenía ahí, y luego quién sabe cómo se me ocurrió, le dije, le dije: “Adiós esa del pantalón Levi’s”. Y que arrienda luego luego y que sueltan la risada. Pues ellos nos ignoraban como braceros, ¿ve[r]dá[d] ? Y, y luego arrendó y luego quién sabe qué dirían las otras, y que se para y que se van. Y que me llama: “Ven pa acá”. Pos yo muy miedoso fui, estaba retealizado yo. “Sí, sí buenas tardes seño, perdóneme lo que le dije”. No pero siempre ya sabía hablar. “Perdóneme lo que dije, si la ofendí o no”. “No”, dijo, “no me ofendiste, lo que me diste es mucha admiración, ¿cómo me lo escogistes [escogiste] a mí?”. “Pues porque usted me gusta”. Y luego luego le propuse matrimonio.

AA: ¿A ella también?

JH: Sí, y luego dice que sí se casaba conmigo. “Si me caso”, dijo, “nomás prométeme que no eres casado en México”. “No, no soy, soy soltero”. “Ta bien, ¿tienes dinero?”. “Sí, aquí traigo como \$300 dólares”.

AA: Y, ¿le sacó el dinero ahí?

JH: No, le dije: “Aquí traigo \$300”. “No”, dice, “déjalo, no, te pregunto, ¿tienes dinero pa casarnos?”. Ella estaba muy viva. “Sí, sí tengo dinero y si no lo conseguimos con el trabajo, ¿qué no?”. “Sí”, dijo, “usted tiene, también yo tengo”, dijo, “y a luego luego voy a trabajar también”.

AA: ¿En dónde trabajaba?

JH: En algodón trabajaba ella ahí con el Standoor(??).

AA: ¿También había mujeres que piscaban?

JH: Eran muy buenas, muy buenas pal algodón.

AA: Y, ¿a ellas también se las traían de braceros?

JH: Eran de México, eran de Texas. Ahí en Texas había mucho algodón. Y ahí tiene que, pues sí, en donde anduvimos noviendo con ella y un día hubo un baile ahí en Standoor(??) y le dije: “Que va a haber baile ahí en Standoor(??)”. Dijo: “Sí va a haber, ¿me das permiso de ir a bailar contigo allá?”. Yo ni bailar sabía. Dice: “No”, dijo, “no vayas a ir”. “¿Por qué?”, dije, “tengo unos hermanos muy rebeldes y te van a pegar”. Dije: “Y, ya mejor no voy a andar con ella yo. Ya se me quitó de ella luego luego, ya no la volví a buscar. Pasaba y nunca le decía nada, y un día me dijo otra, pues ya me tenían confianza, dijo otra: “Oyes, te mandó saludar Estelita”, dice, “que la olvidates [olvidaste]”. Le dije yo: “¿Cuál Estelita? Ni la conozco”. Sí, yo miré, yo te miré con ella un día ahí en la tienda. Porque cuando podía a la tienda me iba con ella pues, le compraba algo allá, un refresco, unas paletas y luego le dije: “No, no”. Dijo: “Sí, te mandó saludar dijo

que, que te anda buscando”. Y yo me le perdía pues, me les escondía, y también con esa perdí la oportunidad fíjese de haber arregla[d]o.

AA: Sí ya.

JH: Sí, pues como quiera, así me quedó y luego el señor, cuando vine sin papeles en el [19]49, me vine sin papeles, y pasé.

AA: Y, pero ahí ya venía casado.

JH: Ya venía casado yo.

AA: Y, ¿a su esposa la dejó allá?

JH: La dejé en México. La dejé prestada con mis papás. Entonces me vine y trabajé ahí en Delano, y me chocó La Migración, me agarró y me echó fuera pa Tijuana y que me vengo otra vez, ya sabía el camino. Que me vengo y fui a dar a Yuba City a onde estaba el rancharo.

AA: Y, ¿cómo cruzó desde Tijuana, otra vez?

JH: Pasé por un, por el desierto. Señorita, fíjese, pasé el desierto ya bola veces. Una vez me lo pasé solito, ¿cómo ve? Nomás...

AA: ¿Solito?

JH: Nomás llorar me hizo falta.

AA: Pero es muy peligroso.

JH: Peligroso, había víboras de a bola allá y luego fue en tiempo caliente y como el día, como el día 10 de Mayo, el día de las madres, me la pasé en algodones. El día 11 le entré como a las once de la mañana a las diez pa, pal desierto. Yo sabía el camino, fui a dar a Blythe, hay ciento sesenta millas de algodones a Blythe.

AA: ¿Caminando, en qué se iba?

JH: Toda la noche caminé por un arroyo que nomás, nomás llorar me hizo falta. Tenía tanto miedo, solito me vine. Porque no podía pasar, estaba muy dura La Migración ya. Pasé y me vine y llegué a Blythe, ya conocía todo. Y agarré el tren en Blythe y vine a dar a un pueblito que se llama Keria [Kerman], y de Keria vine a dar a Basto. Ahí en Basto me bajé y entré por que iba pa Colton [Compton] pa allá y venían pa Bekesville [Bakersfield], ya conocía bien el camino. Ahí vengo en el tren y vine a dar a un pueblito que se llama, que se llama Clacksburg que está aquí cerquita de Tracy. Y de ahí que voy a Tracy y me fui en el tren y nomás me bajé a beber agua y que me voy a Tracy y que me bajo y que me voy en el *bus* para Sacramento, ya conocía yo bien el camino. Pues ahí tiene que entré y ya cuando ya el rancharo ya no tenía, ya no tenía mucho trabajo. Y ahí [es]tuve trabajando poquitos días con él, y en una de esas que me voy para otro pueblito que se llama, ¿cómo se llama este otro pueblito? Ahí está cerquita de Colusa, ahí tenía otro patrón yo. Y, y ese ahí trabajé con él y luego me fui para Durham porque yo busqué los trabajos de contrato, pa hacer dinero. Y luego de ahí, de Durham me vine Lindsay, bien cerquita cerquita de Tulare, que me agarra La Migración ahí.

AA: Y, ¿cómo qué hacía La Migración?, ¿llegaba y les pedía algún tipo de papel?

JH: No, en cuanto miraba uno La Migración corría, luego luego sabían que no traíanos. Y esa vez llegó llegaron los emigrantes, estaba yo trabajando. Y me dicen: “*Hi, hi*”. Y, y se pasó, no me dijo nada. Y otro que venía atrás me investigó, me dijo que si era espalda mojada, y como yo ya hablaba poquito inglés, le dije: “Usted cree que yo soy espalda mojada”. “Oh no”. Que se va y que me deja. Dije: “Ya lo fregué”. En eso dije: “Ahorita van a regresar”, pensé yo. Ya se habían ido pa allá, pa adelante a ver los otros que me quito el bote. Andábamos trabajado la aceituna, baje de la escalera, y que me quito el bote de la aceituna y que lo dejo en el suelo y que empiezo a caminar, y como estaba el camino muy cerquita, me dice otro Migra: “*Hey, hey, where’re you going?*”. Y yo le dije: “Aquí voy a la huerta”. Y dice: “*Oh no*”, dijo, “véngase pa acá”. En eso que agacho, que corro. Que corren tras de mí los Emigrantes. Me entré en una huerta

de naranja grandota los árboles, me brinqué, yo pa allá se brincaba un emigrante pa allá y me brincaba pal otro y se brincaban ellos también siguiéndome. Pero los largué, en un ratito los dejé. Yo corría, estaba bien liviano. Corrí y al salir la huerta de naranja había un potrero de ganado, que me brinco el alambre del ganado pero ansinita [así] la cerquita de alambre, y dicen que tienen de esas cercas y yo no sentí nada. Me agarré y fui al brinco que me fui, que se vienen los becerrillos tras de mí, todos los toritos, iban como unos treinta tras de mí, así llevaban en medio, llegaban La Migración se quedó parada ahí y...

AA: Ya no siguieron ellos.

JH: Ya no me siguieron y ahí en la salida me espero La Migra, la policía del pueblo me esperó y: “Eh, no corras”. Y ya no corrí. “Ven pa acá”. Y que me voy pa[ra] [d]on[de] [es]tá él. Y dice, dice: “¿Por qué corres?”. Me dijo en inglés, le dije: “Aquellos señores me vienen siguiendo, traen pistola”. “No te hacen nada”. Que luego que me pone las esposas en las manos, que me lleva pa allá, no me preguntó por papeles ni nada. Me llevó y me tenía allá, y luego pues que me dejaron. Le dijo uno: “Mire este, ya estaba yo amarrado ahí”. Le dijo: “Ahorita lo voy a arreglar y yo te enseño”. Porque ellos ya habían quedado, ellos, que me iban a investigar yo creo. No, no me dijieron nada y el policía estaba bailando así con sus que... Y no cuando llego el de la patrulla me subió, luego luego me soltó y me subió. Ese señor ese que me dio muchos, me fue muy mal.

AA: ¿Por qué?

JH: Cuando llegamos allá al Lindsay, nos pusieron en la corte, nos llevaban a la corte, nos tenían sentados todos juntitos me dice uno... Ah entonces y vino y me miró y luego vino otro emigrante, me dijo: “Tú párate”. Me dijo a mí y yo, yo me agachaba y todos los otros los mexicanos son muy lumbreros y yo. “Ándale, a ti te hablan, a ti te hablan”. Me decían y yo agacha[d]o. Pero yo ya sabía que a mí me hablaban. “Tú párate”. Porque La Migración toda habla español, y yo dije: “¿Yo?”. “Sí, pues entonces, ¿quién? Venga pa acá”. Me paré, y: “Venga pa acá”. Y que me vine y me dice en inglés: “¿Cuánto tiempo tienes aquí en el Lindsay?”.

Le dije: “Como un mes”, le dije en español. Y luego dice: “¿Con quién trabajas?”. Decía en inglés. Yo le dije y todo: “Con José Asencio”. “¿Dónde vives?”. Entonces sí pues tuve que decirle: “Vivo en la Denver Court 440”. Y luego que me agarra aquí del cuello, como, como que la... Algo así, no, le dije yo: “¿Cómo se llama la calle?”. “Verá se llama Sweetbars”. Se llamaba la calle y como la calle es como cantina, ¿verdad[d]? Él pensó que yo lo estaba vacilando. Que me agarra de aquí: “¿Dónde dices que vives?”. Le digo: “Aquí en la Sweetbar 414”. Y luego dice... Entonces llamó un policía que estaba ahí. “Ven pa acá”, ya le... antes no me pegó, y sí me quería pegar, me agarró de aquí con la mano empuñada, y luego dice: “Investígame este”. Y ya el policía llegó y me agarró de aquí. “Hi, hi, *How are you?*”. “*Fine*”. Y dice: “¿Tú has vivido otros años aquí en Lindsay?” Le dije: “*No, never*”. Y dice: “Sí, sí has vivido aquí”. “El año pasado te miraba en la Denver Court”. Ahí había vivido, fíjese.

AA: Y, ¿él se acordó de usted?

JH: Me conoció. “No”, le dije, “a de haber sido otro, yo no era”. “Okay”, me dejó. Fíjese, que tan mal me fue que me echaron allá a donde nos tenían encerrados, ¿verdad? Entonces un David Fernández dijo, él salió de ahí. “David ven”, se devolvió, ése era mayordomo también, era contratista, ahí había trabajado, él me conocía. “Dile a doña Floridia que me traiga mis cosas porque me van a echar pa México”. Dijo: “Sí”, dijo, ya que va y que le resulta que viene doña Floridia con mi mochila y un dinero que me debía el esposo de ella, era el contratista. Me dieron, me dio \$80 dólares. Y luego me dice el señor, el emigrante, porque ya no traiba, ¿verdad?, ya, si ya me sabía, dice: “¿Cuánto dinero traes?”. Le digo: “Traigo poquito más de \$1,000 dólares”. “¿Cuánto traes?”. “Poquito más de \$1,000 dólares”. “A ver sácalos aquí, ponlos aquí en la mesa, pronto”. Que los saco, traiba unos pantalones de estos de caquis amarillos, tenían unas secretas aquí, y traía puros billetes de \$100 bien amarraditos con una hebra de hilo, no se me notaba. Los conté y luego sacó una caja de cigarros. “Ten un cigarro”. Y le dije: “No, yo no fumo”. “¿De cuales fumas tú?”. Enoja[d]o pues el emigrante le dije: “De ningunos”. “¿Dónde ganaste este dinero?”. “Pues en Yuba City y en, en

Cambell y este otro, este otro Arbaco [Arbuckle]”. Y ya le dije después donde había trabajado. “Aquí traigo un recibo de los cheques onde me pagaban ahí en, en Arbaco”. Pues aquí un cheque me dan \$500 dólares, fíjese. Trabajamos por contrato, lo agarró y me lo dio pa tras, y dijo: “Está bien”, dijo, “deja aquí el dinero, no lo agarres”. “Ta bueno”. Traiba como \$1,080 dólares. Y ya no me lo dieron. Nos llevaron pa El centro allá en California y yo iba mucho muy apurado porque no traiba el dinero y luego ya que me echan en el avión pa Guadalajara, ¿cómo ves?

AA: Y, ¿no le entregaron su dinero?

JH: Ahí...

AA: ¿En Guadalajara?

JH: Guadalajara me lo dieron, un cheque del pacífico, con \$1,000, con \$1,080 dólares y me dieron un \$0.50 centavos sólo. Como quera me dieron el dinero, no me pasó nada.

AA: Pues qué bueno.

JH: Sí, y como quiera me dijo.

AA: Entonces los deportaban en avión en ese entonces.

JH: Pues nos echaron a nosotros en avión, me dijo el, nos dijo el emigrante que me dijo a mí, me la leyó bien que si dentro de cinco años venía me iban a apresar cinco, dos años o hasta cinco años me podían dar y que si no venía estaba bien, y no vine.

AA: En cinco años.

JH: En cinco años, me puse a trabajar en mi parcela y anduve trabajando allá muy bien y tenía muchas ganas de venir y en eso me agarró una enfermedad a mí allá.

Una fiebre de Malta. Andaba con doctores pa allá y pa acá, y anduve y no me podía aliviar y luego un doctor de Morelia me la quitó.

AA: ¿Ya tenía familia usted?

JH: Ya teníamos, ya teníamos como, íbamos a tener cuatro hijos ya. Y luego que me vio el doctor que me la quitó que me voy de, pa Ciudad Juárez. Allá [es]taban las contrataciones del [19]58, y en el [19]58 que, que fue cuando me dieron esta mica que traigo, que paso para, de este lado de bracero y ya. Pues ya me vine.

AA: ¿Cómo eran las contrataciones ahí en Ciudad Juárez?

JH: En Ciudad, en Chihuahua nos contratamos. Nos, nos pasamos y pasamos los exámenes y nos llevaron ya por cuenta de la compañía pa Ciudad Juárez.

AA: ¿Qué clase de exámenes les hacían?

JH: Pues nomás que no estuviéramos enfermos, que tuviéramos enfermedades, que no tuviéramos...

AA: ¿Hubo alguna vez que los rociaran con algún tipo de polvo?

JH: Hubo un tiempo.

AA: ¿Cómo era eso?

JH: El que tenía piojos, lo ponían el polvo en la cabeza y en el cuerpo. Aquí en Mexicali era eso. Ahí en México no, ni en Ciudad Juárez, y a mí nunca me pusieron eso tampoco. Pues ahí tiene que, ya como fuera ya no vine de ilegal, ya vine de bracero y el señor ahí con el que estuve, el señor ese me daba los papeles en el [19]51 pa arreglar y no quise, fíjese. La volví a cerrar otra vez. En el [19]60 aquí estuve en Vernalis, aquí cerquita de este pueblito, ¿cómo se llama este... Bueno, el pueblito se llama Wayler(??), queda cerquita de Tracy, de Vernalis.

AA: ¿Ahí qué estuvo haciendo?

JH: Ahí trabajábamos en el tomate y en el desahije pues del tomate. Y llegamos pronto ahí, duramos como unos cuatro meses y ahí estuve trabajando y de ahí cuando, cuando ya nos salimos de trabajar ya pues ahí arreglé, fui a ver al patrón que aunque ya tra..., que el que me daba los papeles, y luego luego que me los da, ¿cómo ve?

AA: Qué bien.

JH: En menos, en menos de seis meses arreglé mi pasaporte en México, cuando arreglé mi pasaporte hice toda la investigación de cuánto había yo andado aquí y onde había durado tanto tiempo. Y luego entré a mediados yo, como en el condado de Fresno, como más de un año. Me dieron dos, me dieron dos formas, una pa La Migración porque me había echado fuera y me habían reportado y la otra me la dieron para ver si no tenía antecedentes malos aquí en el condado de Fresno. Y me dijo la señorita, la secretaria del cónsul que así que me llegan las cartas, que no las fuera a abrir, se las llevara al cónsul. Pues menos de un mes que me llegan, las cartas de La Migración y del Fresno, de la policía de Fresno y pues voy y que me dejan pasar, no tenía nada que ver yo, estaba sanito.

AA: Ah, qué bueno.

JH: Salí y arreglé mi pasaporte y ya que me arrié con el rancharo y duré como otros cuatro años, desde el [19]62 hasta el [19]65.

AA: Y cuando estaba trabajando así en los ranchos, ¿no llegaban autoridades mexicanas?

JH: Si llegaban...

AA: A ver como los estaban tratando, a ver si no los explotaban.

JH: No, no hacían, ellos no hacían caso de ver a uno de los que entrábanos ilegal dice, ¿verdá?

AA: O los que entraron cuando estaba de bracero.

JH: No sí, sí iban inspectores. Iban gente a buscarnos pero como que no les interesaba. Iban y platicaban con uno un ratito, y: “¿Cómo están?”. “Bien”. “¿En qué trabajan?”. “Y en esto”. “Y, ¿cuánto les pagaban?”. “Pues tanto”. Y nomás eso.

AA: ¿Hubo alguna vez algún problema con los patrones?

JH: Conmigo mire, conmigo sí, sí hubo una vez un problema, mire, había un señor que nos maltrataba mucho, el mayordomo.

AA: ¿Dónde era eso?

JH: Era de Texas, aquí fue en aquí en este en Vernalis. Entonces un día la gente quiso parar de trabajar y ya la gente estaba, los braceros ya taban muy aluzados, no se dejaban. Entonces el Tony nos corrió, “Súbanse al troque vámonos”. Nos llevo pal campo.

AA: ¿Tony se llamaba?

JH: Antonio, era texano. Nos llevó pal [para el] campo y nos llevó allá, y luego luego el señor, pues el que me manejaba el campo, prontito nos mandó trabajar otra vez. Nomás como media hora y nos trajo. Trabajamos y en un ratitito que nos cambian de mayordomo. Mandó un mayordomo que se llamaba Cecilio Ramos, muy buena gente.

AA: Y, ¿por qué tenían ese problema?

JH: El mayordomo toda la gente maltrataba ese, ese mayordomo.

AA: ¿Les pegaba?

JH: No, no nos pegaba, pero a cualquiera le echaba maldiciones o lo quería correr, era muy delicado pues. Él quería hacer todo lo que él quería, pero la gente ya no se dejaba, los braceros, un día uno hasta lo llamó a pleito.

AA: ¿Sí se peleaban ahí?

JH: Fíjese que, ese que se llamó a pleito a él, y le dijo: “Tony, salte pa juera”. Sacó él, tiró una gorrita, una gorrita texana, se quitó una chamarrilla y el bracero ya andaba prevenido. Cuando salió pa juera llevaba un cuchillo en la mano y luego que lo miró, que corre el viejo, el mayordomo, que lo corretea lejos, se lo encarreró [persiguió] lejos por allá lo dejó. Ya pues como quiera, pues ya este como quiera ya no, no andábanos [andábamos] muy bien. Nosotros, yo no dije nada pues. Y él tiene que como quiera ya nos, nos dejaron bien, nos metieron otro mayordomo, Cecilio Ramos.

AA: Con él sí se llevaban bien.

JH: Muy bien, así es que siempre él nos tenía sus... Y ansina había muchos, había otros que les aguantábamos mucho. Ahí en Yuba City tuve otro mayordomo que se llamaba Andrew, le decían, ése era mexicano. Todo el tiempo andaba tomando. Y ya que: “Ven pa acá, aquí dejaste una cuarta”. Y ahí van mire y mire, andábamos desahijando, ¿verdá?, dejábamos dos juntos, algunos. “Acá dejaste otra, si no pones atención te voy a correr, te voy a encaminar pa México”. ¿Cómo ve?

AA: ¿Los amenazaba?

JH: Nos amenazaba. Yo decía: “Córreme ahorita, pa que me corras pa mi, pa mi pueblo, pa mi México”. Y ya.

AA: ¿Sí extrañaba, sí extrañan México cuando están trabajando allá?

JH: No es que, es que la gente como venía y para, y como venía y cómo venir y irse de pronto no les, no le agradaba. Y como quiera [es]tábamos bien, nomás el no decirles nada, ¿verdá? Yo por eso salí muy bien con todos. Con todos los mayordomos, el que decía algo, que miraba todo mal uno, no le decíamos nada, si nos decía algo aguantábamos, quedábamos silencitos.

AA: ¿Por qué se aguantaban?

JH: Pos por no andar en líos, porque ellos simplemente en el campo, los mayordomos los que mandaban el campo los oían mucho a ellos y a uno no, por eso nos aguantábamos.

AA: Pues sí.

JH: Sí podíamos, sí podíamos responderles algo. Aunque tuviéramos derecho no le respondíamos, mejor nos aguantábamos. Por eso no pasamos, por eso yo no pasé ningunas malas horas.

AA: Sí pues para quedarse con el trabajo.

JH: Con el trabajo.

AA: Y ahora esta vez que estaba en Estados Unidos nuevamente, ¿cómo se comunicaba con su familia?, ¿ya tenía cuatro hijos me dice, no?

JH: Ya teníamos cuatro hijos y seguimos [seguimos] pues. Entonces cuando arreglé, luego luego me arreglé al hijo mayor, me lo traje tenía diecisiete años. Me lo arreglé y me lo traje, dieciséis tenía y me lo traje, y él aquí conoció a una muchacha en Salinas, y luego luego ese no aguantó. Se la llevó luego luego pa allá pa Yuba City, era de Texas ella también, la muchacha. Y qué linda nos salió, fíjese. Todavía la tenemos ahí.

AA: ¡Ah sí!, ¿cuántos años tenía cuando se casaron?

JH: Mi hijo tenía diecisiete, ella tenía dieciséis. Era muchachita todavía, eso sí, tuvo toda la escuela en Texas, allá los papás la enseñaron, sabe bien inglés y todo. Hasta le han ofrecido trabajos buenos, pero no quiere. Estuvo trabajando en un empaque ahí en King City, allá duró como más de unos quince años trabajando. Y nunca se ha querido, como dijera, trabajar con el gobierno, pero ella habla bien inglés y tuvo toda la escuela pues.

AA: ¿Allá en Texas?

JH: Ey, en Texas, y nos salió muy linda persona todavía tá con mi hijo, ¿cómo ve?, tienen cuatro hijos.

AA: Qué bueno, qué bueno tengan una familia.

JH: Ya, ya tienen nietos y hasta nietos ellos.

AA: ¿Ellos? O sea que usted es bisabuelito ya.

JH: Sí ya tengo, tengo... Nosotros tenemos de los hijos tenemos treinta y dos nietos.

AA: Fíjese es una familia grande.

JH: Y tenemos quince bisnietos ya, verá.

AA: Qué bueno, es bonito siempre tener una familia grande.

JH: Y tenemos toda la familia, y tenemos toda la familia pues nos conocemos bien, nos convivemos [convivimos] bien.

AA: Qué bueno pues eso, eso significa que nunca perdió contacto con su familia allá.

JH: Pues no nunca.

AA: Y, ¿cómo le hacía, se escribían cartas?

JH: Se escribían cartas y le mandaba cartas, les mandaban el dinero porque telégrafo a ella, no había, no había cartas ahorita como el, como el *western union* o el este otro como este el otro que mandaban cartas ahora sí no había. Nomás habían, habían este, cómo le dijera, por telégrafo. Hasta en el Greyhound mandábamos el... Íbamos a hacer el telégrafo pa México. Le mandaba yo el dinero pa allá a ella, ya lo recibía y tenía a los niños.

AA: Y, ¿nunca tuvo ella algún problema de que no le llegara el dinero?

JH: Nunca, siempre todo lo recibía bien, ya sabía ella bien, le mandaba una carta como ahorita y como a los cuatro días, le mandaba el dinero. Las cartas llegaban retepronto fíjese en unos cinco días llegaban en ese tiempo.

AA: Pues es muy rápido.

JH: Sí. Trabajamos muy bien y vivemos [vivimos] muy bien y quiero mucho, así es que como quiera todavía la tengo.

AA: Qué bueno, qué bueno.

JH: Vamos quedando sesenta años, ahora para el año que viene de casados.

AA: Ay, qué bueno.

JH: Nos casamos el 29 de junio de 1946, yo soy mayor once años que ella.

AA: ¿Ah sí?

JH: Sí, es que somos fósil, y sí, pues hemos vivido muy bien tenemos los niños.

AA: Qué bueno que están todavía juntos.

JH: Sí, estamos muy a gusto, vive uno a gusto. Ire, nosotros, ese libro que se llamaba Ciencia Naturales, a ver si me entiende bien esto que le voy a decir. Dice que si uno se casa con una mujer y la mujer no le brinda, no llega a ninguna parte, y si la mujer es muy buena, generosa y buena y hace todo lo va ir a guardar, y el hombre no sirve tampoco, no llega a ninguna parte, necesita que los dos tengan este, tengan este, ¿cómo dijera?, buen pensamiento y vivir contentos y vivir bien. A nosotros, vivíamos muy bien con mi esposa y nunca nos ha faltado nada, ni hemos tenido, ni hemos tenido grandes fracasos, ni nada, ¿cómo ve?

AA: Qué bueno, siempre una familia unida es muy bueno.

JH: Y tenemos niños, los criamos y nos crecieron y ahora ya nos quedamos sin ni uno.

AA: ¿Cuántos hijos tiene?

JH: Nueve, tengo tres hombres y seis mujeres.

AA: Y, ¿todos viven ya aquí en Estados Unidos?

JH: Les arreglé luego luego que arreglé yo, pronto.

AA: ¿Hubo algunos que nacieron aquí?

JH: No nació ni uno pero sí debía de haber nacido, nomás que ella no quería venirse, y le arreglé bien pronto a ella desde, en el cuarenta y... en el 1966, en el 1961 arreglé yo, y en el 1965 arreglé el hijo mayor y en el 1965 le arreglé a ella.

AA: Ah, pues fue rápido.

JH: Y, y la traje pa acá, y ella aquí nos ayudó a trabajar tantito y luego como teníamos los niños allá, se iba pa allá. Y luego a veces cuando tocaba, pues allá nacieron, pero en una vez yo le traté como cuatro hijos nacidos aquí, nomás que ella no quiso.

AA: Iba y los tenía allá.

JH: Allá los tenía.

AA: Qué bien.

JH: Pues nos arreglamos ya hasta, hasta se nos hicieron ciudadanos también.

AA: Ah, qué bueno.

JH: Yo tenía los...

AA: Señor Hernández platíqueme un poquito, ¿qué le pasaba? No sé si usted mientras estuvo trabajando de bracero se llegó a enfermar.

JH: Fíjese que nunca he sido enfermo yo. No he tenido, una pura vez me enfermé yo, tenía como el modo de, como el modo de, de una gripa y fui a ver un doctor, fui a ver un doctor a un pueblito que se llama Riverdale, está por ahí cerquita de Fresno

y me dio una medicina muy buena y se me compuso. Me compuse luego luego y casi nunca he sido enfermo, ahorita...

AA: ¿Pero quién lo llevaba?, ¿el patrón?

JH: El patrón.

AA: ¿Quién se hacía cargo de todos los gastos?

JH: El patrón nos pagó los gastos, Frank Dinar era el que se encargaba ahí, quizás que haya sido el mayordomo grande. Ha sido el dueño del rancho, yo no supe, nomás lo conocimos porque él era el que andaba al pendiente de todos los trabajos, atendía los ranchos. Y ese, ese señor luego tuve otra, este tuve otras enfermedades, pero ya no andaba de bracero. En una vez me reventó la apéndice en Lindsay, en el, ¿qué año fue?, se me reventó la apéndice en el [19]64, de milagro vivo.

AA: ¿Se le reventó mientras trabajaba?

JH: No, empecé en la mañana. Yo nunca padecía de eso, y en la mañana nomás no almorcé, no quise, no me supo el almuerzo. Nos daba borde una señora y nos fuimos a trabajar y allá me eché ya dos lonches porque no había almorzado. Y, nomás, eche que comí una pura uva, y me pegó un dolor luego luego, y anduve con el dolor trabajando como unas dos horas y luego fui y me acosté en unas cajas. Y estuve enfermo y estuve enfermo y luego me llevó un muchacho pal pueblo. Ya tenía mi carro, en mi carro me llevó.

AA: Ah, ya tenía un carro.

JH: Ey, me llevó en el carro y ahí en la casa donde vivíamos, me dormí señorita. Fíjese que estaba, recordé como a la una de la tarde, con un sudorazo [sudor] y frío y frío. Entonces le dije yo a un muchacho: “Dile a doña María que llame a la ambulancia porque estoy enfermo”. Se me vino a la mente todo eso como de la apendis [apéndice], y luego sí. Se fue y no volvió el muchacho, se fue al pueblo y ha de haber dicho ella, ya, haber dicho que. Pues no me hizo caso, y luego que

pues llegó del pueblo y ya había ido al pueblo él. “Y, ¿qué paso?, ¿qué le dijo doña María?”. Dice: “Que no hay ambulancia aquí, que te lleven en un carro”. Que me llevan en un carro. Nomás que el hospital estaba cerquita, estaba tan cerquitita que no, como tendría como un cuarto de milla yo creo, el hospital estaba cerquita ahí, y al llegar ahí, que al llegar al hospital... Yo ya le había dicho, yo ya le había dicho también al doctor. Haga de cuenta que dieron una puñalada en la puerta de hospital que me agacho ansina e iba yo bien agachado y me tocó una señorita mexicana, una enfermera. “Señorita, póngame una inyección de veneno que ya no aguanto este dolor”. Y le dio mucho miedo a ella. “Cállese la boca, aquí no tenemos veneno”. Corrió al teléfono y le habló al doctor. Y el doctor en un ratitito le ordenó que me pusiera una ampolleta y que me pusiera un lavado y me sacó tantito orina y si sangre y que me fui al baño y cuando vine, no estaba en el baño apenas cuando que llega y me quedo en el baño y que le dije yo, le dije: “Lo tengo ocupado”. Yo pensé que era otra gente que iba a entrar. Que abre la puerta una americana. “Levántate porque ya te reventó”. Pues corriendo al baño, pues estaba cerquita ahí el cuarto y el baño. Que me jala la camisa aquí, que me arranca los botones y luego que me, que baja el pantalón y que me pone un pantalón del hospital, que me rompe los calzones, que me baja y que me pone todo y que me acuesta y ya no me dolía fíjese con la ampolleta. Luego luego que me acuesta en una mesa y que me pone en el suero a la carrera ella. Llegaron dos doctores y a mí ya no me dolía. Hasta un ratito que me dieron una ampolleta en el suero y que me duermen. Pues me operaron, de le doy gracias a Dios que el doctor, que bueno el doctorcito ese. Era de Austria ese que me operó, era un viejito, me operó de la apéndice y me la sacó aquí al ladito, me hizo un agujero y me hizo puso una sonda de hule ansina. Que un sacerdote me fue a ver como a la una de la mañana y estaba privado, estaba dormido. En la mañana que recordé a las cinco, estaba una americana tentándome el pulso. Que recuerdo yo que a la miro y yo bien espantado. Ella ya sabía que estaba enfermo. “*Good Morning*”. Dice ella: “¿Cómo te sientes?”. “¿*How you feel now?*”. Le dije yo: “Muy bien”. Le digo a la americana, no hablaba español, dice: “No te contábamos, te ibas a morir”. Ni tengo nada fíjese que no me dolía, señorita, nada. Que fuerte soy de

cuero, bueno pues de la temperatura, dice: “¿Te duele?”. Le dije: “No, no me duele”. “Ah qué bueno”. Pues me tuvieron cinco días, ¿sabe cuánto me cobraron?, \$1,000 dólares. Yo los pagué.

AA: Porque es un hombre precavido, siempre ha guardado dinero.

JH: Ahí traía dinero, yo traía \$600 dólares, y otro muchacho me prestó \$200. Y le tuve que pagar, después, después tuve que pagar los otros en pagos. Pagué todo y era cuando hice la ciudadanía, cuando me dieron dinero del Seguro Social me dijeron que, que si no debía al gobierno, o algún, alguna obra de pues del hospital, o casas, o algo, no, no debo nada. Me investigaron muy bien, tenía de bola de dinero señorita, fíjese.

AA: ¿A usted cuando le pagaban como bracero, se dio cuenta alguna vez que le descontaban algunos impuestos?

JH: Nos dijeron, nos dijeron que nos iban a descontar el diez por ciento del dinero porque lo iban a dar a México y cuando nos iban a dar allá, iba a ir como ahorros a México, y allá no nos dieron nada.

AA: ¿Eso cuándo se lo dijeron?

JH: Cuando nos dieron los contratos.

AA: ¿En México?

JH: En México, y en todos los contratos que nos soltaban nos decían que si fuéramos conscientes a, a con dos cosas nos dijeron bien curiosos.

AA: ¿A qué?

JH: Que si la guerra, nos ocupaban teníamos que ir. En la guerra, y yo le dije que sí, que yo sí iba, si me ocupaban y me servía yo pa algo podía ir. Por eso nos dejaban pasar, a todos nos decían. Y que nos iban a descontar el diez por ciento y que si algunos nos enfermábamos ellos nos iban a curar. Por eso, por eso digo yo pues

que yo casi no ocupé los médicos cuando andaba de bracero, yo ni ahorita los ocupo, tengo como diez años que no veo a los médicos.

AA: Eso está bien.

JH: Le voy a decir por qué. Mire, ese es otro librito, yo estoy leyendo, dice que nosotros tenemos las enfermedades del hígado, y que en el hígado, ansina dónde está la comida tenemos limpiquito y aquí tenemos la vesícula biliar. Cuando comemos la comida nos avienta una parte del ácido úrico y es el que deshace la comida. Entonces de aquí de donde está la comida pa abajo está limpiquito y pa arriba tenemos una infección que se llama dispepsia crónica y ahí me dio las flemas, los oletes y hasta el mal olor de la boca, de esa dispepsia crónica. Entonces le dice usted esta, nosotros tenemos, debemos de cuidarnos, ponernos una purga, esa es la única que nos quita esa dispepsia, esa infección. Y en esa infección se nos crea una bolita de sangre chiquita. No todo el tiempo, pero llega el día, que se llama bacteria y este es un veneno y este veneno nos va a dar a las venas secas que tenemos en el cuerpo, porque tenemos una venas de sangre, venas de agua y venas de calor y venas secas. Y esa ataca luego las venas secas, y eso va a dar a la sangre. En los glóbulos blancos que tenemos ahí va a dar, y luego de ahí nos pasa a unos color de rosita que tenemos, y estos a los rojos y estos al VH y ahí nos pega el cáncer. Nos pega el cáncer o nos pega la diabetes, o nos pega la fiebre, una fiebre. Entonces dice que nosotros tenemos que ser el detective de nuestra misma persona, que debemos darnos una purga porque la purga es la única que deshace esta dispepsia crónica. Y es la que no nos deja, y ahí donde se crezca esa bolita de sangre y dice que aquí nosotros cuando, cuando revienta esa aquí, aquí atrás de los pies y aquí, no aquí no, de aquí aquí nos viene una, como una llamita que tenemos, tenemos un síntoma que es la calentura que nos pega la fiebre que nos pega luego luego. Entonces, dice que cuando nos pega eso no tenemos, tenemos la dispepsia crónica y de ahí nos crece esa bacteria. Entonces dicen que hay que buscar cuatro yemas de gallina, cuatro huevos. Echarlos en un vaso, batirlos bien bien y echarles agua, y tomárnoslos. Entonces el huevo la

yema y la clara forra el hígado y jala ese veneno de donde esté fíjese, que facilito. Al tomarse un vasito de vino fuerte a usted lo mata dice, hasta donde esté.

AA: Sí todo eso es bueno.

JH: Entonces yo, yo desde entonces hago el deber a purgarme hasta dos veces al año, así es que estoy limpiecito de mi estómago, por eso ando bien.

AA: Sí, se ve, se ve muy bien.

JH: Camino bien, y se bien donde ando, y sé bien lo que traigo en mi bolsa el dinero y todo lo cuido muy bien, y no, nunca ando haciendo cosas malas. Y y en mi vida yo hasta respeto muy bien toda la humanidad, nunca le he faltado el respeto a nadie, ¿cómo ve?

AA: ¿Usted nunca tuvo ningún problema con algún compañero?

JH: Sí.

AA: Cuando estaba trabajando de bracero.

JH: Sí.

AA: ¿Qué pasó?

JH: Una vez estuve, con dos tuve yo, problemas. Un muchacho que se llamaba Guillermo Rodríguez, y ése me decía cuñado y yo le tenía mucho coraje porque me decía cuñado. Sí tenía hermanas yo, pero no me gustaba que me dijera y le dije un día que no me anduviera diciendo porque no me gustaba. Yo siempre como, como que me hacía burla como quería llevarse conmigo: “Y que ándale Chuy cuñado. Y que tú has de tener hermanas por eso no quieres que te diga yo cuñado”. Y un día le di una pedrada ahí en la cabeza y que me lo tumbo. Y luego el mayordomo fue y: “¿Qué pasó?”. Pues que ya Chuy le dio a Guillermo, y dice: “Y, ¿por qué le dices [diste]?”. “Porque me dice cuñado y a mí no me gusta y ya le he dicho que no me dijera”. “Ah, está bueno”. Le dijo, cuando se compuso: “Ya

no le andes diciendo porque este Chuy es de esos indiacos que no entiende”. No pues no tenía roce social yo, cuando tuve ese problema con ese. Y luego con otro tuve problemas porque yo no salía a las cantinas a tomar.

AA: Y querían que fuera...

JH: Y un día unos amigos me fueron a sacar al campo pues estaba yo dormido y fueron y me levantaron y yo luego pues por obedecerlos me fui a tomar y apenas me estaba tomando dos cuando ese me empezó a decir cosas y que le doy un aventón y que lo tumbo.

AA: ¿El mismo Guillermo?

JH: No otro. Este se llama José González, ése otro era de su pueblo de la otra señorita que está ahí, de San Francisco del Rincón. Que luego que se levanta y que me lo agarró y que lo agarré como los luchadores, que lo tumbo en el suelo, y luego le dije al muchacho: “Vámonos mejor para la casa. Yo ya me voy”. Me fui mejor pa la casa, ya no tomé. Y por eso dije yo que también aborrecí yo el trago porque el trago no es muy bueno, no acarrea nada, del otro modo el libro de ciencias naturales dice que nos fijenos [fijemos] en una persona que tiene un año o dos, o cinco o diez o quince años tomando, nomás que no va a sacar ningún provecho. Que al contrario, está representando más años que otra gente que es más, que es más...

AA: Joven.

JH: Ey.

AA: ¿Qué hacían en un día de descanso?

JH: Mande.

AA: ¿Qué hacían en los días de descanso?

JH: En los días de descanso nosotros lavábamos nuestra ropa.

AA: ¿Tenían dónde lavar?

JH: Sí, teníamos lavadoras especiales. Teníamos unos lavadores donde podíamos lavar la ropa. No, no eran maquinas como estas en ese tiempo. Lavaba yo mi ropa y la tendía en el sol y teníamos tendedores y, y luego si teníamos tiempo nos íbamos a una tienda a comprar sodas, porque nos daban de comer ahí en el campo. Luego compraba sodas y unos pastelitos, me los traiba pal campo donde estaban los muchachos que me enseñó a leer, ahí se los daba, pues no hacíamos nada. De milagro los sábados salíamos al cine, y luego no hallaba... Fíjese señorita. Caminamos por el *freeway* hasta nos daba raite los americanos.

AA: ¿Ah sí? Y cuando iban al cine, ¿qué películas veían?

JH: Mirábanos [mirábamos] unas películas pues de México. Había un cine que se llamaba el *Toser*. Y ahí mirábamos unas películas, miré una película que se llama El Camino de los Gatos y El Rancho Grande también mirábamos, mirábamos muchas películas.

AA: Radio, ¿tenían radio?

JH: No teníanos [teníamos], no había radios entonces. Eso fue en el, muy ya aquí, ni televisiones había. Las televisiones vinieron a dar del [19]50 pa acá. En Nueva York fue la primer vez que oí yo decir que había una televisión, que se iban a ver los monitos bailar y todo y andábamos muy admirados. Y el día que las mirábamos no nos queríamos despegar, hasta uno compró una tele y le pagábamos un dólar pa que nos dejara verla.

AA: ¿Cuándo estaban todavía de braceros?, y, ¿ahí la tenía en el campo?

JH: La tenía en el campo, ese año estábamos de braceros y él se compró una tele y llegó y todos los braceros iban y le dábanos [dábamos] un peso pa que nos dejara mirarla.

AA: Y, ¿qué programas veían?

JH: Veíamos unos programas que eran del, de este de los, de los mariachis, nos gustaba ver los mariachis de México. Y ni sabíamos ni cómo, ni cómo llegaban ahí, nomás lo mirábamos. Sí pues ansina era, no había. Y ya después empezó a haber radios, como unos radios japoneses, muy lindos que valía \$60 dólares. Ya teníamos todos radios ahí en la cabecera, todos tenían los radios.

AA: Y, ¿había estaciones en español?

JH: ¿En español? Había un programa de unos, había un programa de unos, de unos de este de Ángeles que se llamaba, ¿cómo se llamaba el programa? Es en español y ahí anunciaban medecinas [medicinas] de Los Ángeles y canciones, todo había ahí, las teníamos ahí.

AA: Y a misa, ¿había iglesia en el pueblo?

JH: A la iglesia íbamos... Cuando compré ese traje, el que le digo que compré el traje y me hicieron comprar para ir a la iglesia, íbamos a un pueblo que se llama, ¿cómo se llama hombre? Está cerquita, de este, de... Bueno aquí yo en todos los pueblos que estuve yo iba a la iglesia. En Yuba City la iglesia se llama San Isidro. Y en Riverside se llama San Antonio, la iglesia. Y en Lindsay se llama El Corazón de Jesús.

AA: Entonces los domingos sí iban a la iglesia...

JH: Si, íbamos a la iglesia y yo nunca he dejado en la iglesia.

AA: Qué bueno.

JH: Si, hasta muchas oraciones, fíjese.

AA: Qué bueno.

JH: Sé me sé como más de unas doscientas.

AA: Ah eso está muy bien. Y, ¿cómo celebraban por ejemplo Semana Santa o Navidad?, ¿le tocó estar aquí?

JH: Sí. Semana Santa, en la Semana Santa estábamos aquí y pues me llevaban a trabajar, trabajábamos y los viernes no comíamos carne porque era Viernes Santo, eran pues era la Semana Santa. O, ¿cómo se llama?, la Cuaresma. Y los cocineros se enojaban mucho porque no nos comíamos la carne. “Era bueno no a darles de comer a nadie [nadie] pa que se coman la carne”. Era la pura carne sola, nos comemos nos salemos ya ya ahí...

AA: Y, ¿algún día festivo, como fiestas patrias, 16 de Septiembre, 20 de Noviembre?

JH: No los...

AA: ¿No le tocó?

JH: No, sí nos tocaba pero, también el 16 de Septiembre a veces algunos patrones sí nos dejaban celebrarnos. No nos, no nos llevaba a trabajar. Como el 4 de Julio tampoco no nos llevaban a trabajar, más que nos tienen en la casa y estábamos ahí en el campo.

AA: Y, ¿festejaban ahí el 4 de Julio?

JH: Sí, estábamos [estábamos].

AA: ¿Qué hacían?

JH: No, pues los que les gustaba el vino iban y traían [traían] cervezas o se iban a las cantinas allá a gritar. Yo lo que hacía era que, lo que hacía que me iba al restaurante y no comía en la cocina, me iba al restaurante y allá comía la carne que quería, la comida que quería, y, pues andábanos nosotros... El que le gustaba andar en la calle, le gustaba. Yo, a mi no me gustó, por eso nunca me pasó nada.

AA: ¿Se enteró que les haya pasado un accidente?

JH: Ey, sí sabíamos. Sabíanos [sabíamos] que muchas gentes les pegaban, les quitaban el dinero, los malvados.

AA: ¿Los asaltaban la misma gente?

JH: Los asaltaban, algunos andaban de noche. A otros les daban puñaladas, los herían a navajazos, yo decía yo: “¿Cómo voy a salir?”. No luego, luego nosotros los braceros todos teníamos cuchillos no, crea que no.

AA: ¿Estaban preparados?

JH: Preparados. Una vez, me acuerdo que un muchacho andaba peleando con un señor, ya grande el señor, y el señor traiba una navaja y el muchacho traiba un talache, un azadoncito chiquito. Pos el muchacho andaba tomado y el señor no le hacía caso, aquel señor lo entendía pues, el señor quería pelear y el muchacho pos con más ganas.

AA: ¿El señor era americano?

JH: Mexicano.

AA: Los dos eran mexicanos, y ¿por qué estaban peleando?

JH: Porque andaba tomado y el tomador andaba hablando y el otro no le gustaba que hablara y ahí estaban los dos recostados, que le dé con el azadón en la cabeza y que lo tumba. Y el señor pues así pues estaba traiba cuchillillo y el otro traiba el talache le pegó, lo tumbó y luego los despartamos, ya que los despartamos ya no, ya no se, ya no se pelearon. Y luego otro, otro señor, Luis Ávalos, los hizo que les hicieran las paces, se abrazaron y se dieron la mano.

AA: Y ahí acabó todo.

JH: Y acabó todo. Sí, pues mirábamos muchos desastres, nosotros todos los braceros sufrimos muchas, muchos desaires.

AA: ¿Por qué, había discriminación?

JH: Sí.

AA: ¿Qué pasó?

JH: Mire, en la cocina los cocineros, había una gente que le daban, le servían la comida, no se la acababa porque no, no podía comer mucho, y les decían cosas. Otros que comían, se comían toda la comida, les decían cosas también, entre los mismos mexicanos.

AA: ¿Entre los mismos mexicanos encontró usted más?

JH: Más discriminación.

AA: ¿Entre americanos?

JH: Los americanos nunca no nos dijeron nada fíjese, ellos siempre nos miraban bien. Yo nunca vi de que un americano nos haya dicho cosas. Había un señor que hasta... Nos traía en unos carros sin redilas unos, unos, unos carros que nomás la pura plataforma como está, ahí nos sentábamos, y el mayordomo nos llevaba y iba con mucho cuidado para que no nos fuéramos a parar o a mover, ¿cómo ve?

AA: ¿A caer?

JH: Y nos llevaba muy bien ese era un, ese pos era un señor muy cuidadoso. Y otros vivíamos en los ranchos donde estaban las huertas pues íbamos caminando a la... A trabajar y veníamos caminando. Y, y nos encargaban mucho que no fuéramos a andar en el pueblo por el camino caminando porque nos podía pasar algo. No entendíamos, salimos al *freeway* y no había, ¿en qué nos íbamos? Íbamos al pueblo los días que no trabajábamos, iban cuatro o cinco caminando, nos alcanzaban. Nos echaban en un taxi, en un carro, en un raite, hasta americanos nos llevaban al pueblo, no sufríanos [sufríamos].

AA: Entonces entre americanos, ¿usted puede decir que los americanos lo trataron muy bien?

JH: Nos dieron muy bien, yo pa qué, pa qué voy a hablar de ellos, sí ellos fueron muy buenas gentes. Había algunos que sí han de haber sido malos, pero con otras gentes, conmigo no. Trabajé muy bien con ellos y ellos hasta la fecha todavía, los americanos los miró bien.

AA: Qué bueno. ¿Hubo alguna vez que usted allá rechazado un trabajo como bracero, que no haya querido terminar su contrato?

JH: No, yo nunca anduve en eso, hubo trabajos que, que anduvimos en trabajos por contrato y me pagaban bien poquito y ansina trabajábamos. Onde, onde no, onde no nos convenía pos había gente que sí no quería, querían que nos saliéramos pero yo no me... Bueno, pos muchos no nos salíamos, no sólo yo. Otros decían, bueno si venimos braceros a trabajar y si ustedes no quieren pues váyanse pa la casa. Y pues, no que ustedes no quieren entender que nos paguen más, porque nos pagaban bien poquito, pos ansina es el sueldo que traíamos, tienes que aguantar.

AA: A veces se, se tuvieron que aguantar, ¿no?, por...

JH: Ey.

AA: Aunque fuera una mala paga.

JH: En un tiempo, un troquero nos dijo que andábamos cargando tomate: “¿A cómo le pagan a ustedes las cargas de tomate?”. “Pos a \$2 dólares”. “¿Cómo qué tanto? Tanta carga tan grande”. Novecientas cajas cargábanos, en dos, en una traila [remolque] y en un troque. “¿Cómo que \$2 dólares por la carga a cada uno?”. “Sí”. “No, no trabajen, que les paguen \$5 a cada quien”.

AA: Sí.

JH: Pero no, ansina ahí vamos a trabajar por interés pues de hacer el dinero. Eso era cuestión del rancho, ¿no?, del mayordomo. Sí, pues ahí trabajamos ansina señorita. Yo, yo fui uno de los que, sufrí mucho y trabajé mucho aquí. Pero gracias a Dios que el gobierno... bueno Dios llegó, el gobierno, que todo el dinero que gané cuando no tenía el Seguro Social me lo jallaron [hallaron], ¿cómo ve?, con el puro nombre y la letra y le da...

AA: Eso está bien porque significa que hay un sistema que le está...

JH: Yo, yo me di cuenta porque cuando vino el día del Seguro Social me llamaban cada rato, yo hice la aplicación pal seguro en abril, el 9 de abril de 1984. Yo iba a cumplir, yo ya había cumplido sesenta y cinco años, para ese año. Entonces me trajeron todo el año a vuelta y vuelta pal Seguro Social aquí en Salinas, a vuelta y vuelta y un día de allá de soledad nos venimos a trabajar a la David Rolls, y yo ya andaba muy enfadado ya fue como en octubre. Que me vengo ansina del trabajo, todo embijado del tomate y las manos todas embijadas, ya luego de adrede [adrede] me voy a ir. Me topé una señorita que se llama Dora Domínguez y luego que me miró se le enchinó el cuerpo, ha de haber dicho que feo viene este hombre, pero yo lo hice de adrede. Y luego le dije: “Oiga señorita, ¿el dinero de ustedes es mío?”. Yo no sabía nada, no pues: “Y, ¿por qué no me lo dan? Yo tengo tanto tiempo y me llaman a cada ratito y nomás me hacen echar vueltas”. Y luego dice: “Achis”. Se enojó, tenía lápiz. Se lo... que usted dijo: “¿Cómo cree?”. Dije, “yo, yo también sólo lo estoy entrevistando”, dijo, “el dinero”, dijo, “se lo van a dar”. Y entonces sacó una hoja grande.

AA: Y ahí fue donde lo firmó.

JH: Ey, me dijo: “¿Usted nunca tuvo por Delano trabajando?”. Le dije yo: “Sí, ¿en qué año?”. Ya le dije yo en qué año y...

AA: Vamos a tener que interrumpir un poco la entrevista.

Fin de la entrevista